

**UNIVERSIDAD NACIONAL
COSTA RICA**

**CONSEJO DE FACULTADES DE HUMANIDADES DE
CENTROAMÉRICA**

**CONGRESO CENTROAMERICANO Y DEL CARIBE DE
PENSADORES Y PENSADORAS HUMANISTAS**

3 de junio de 2009

PENSAR EL HUMANISMO EN TIEMPOS DE LIBRE MERCADO

En primera instancia reciban un saludo cordial del parte del Dr. Olman Segura, rector de la Universidad Nacional y de la Licda. Sandra León Vicerrectora Académica, quienes por ocupaciones propias de sus cargos no pueden acompañarnos hoy aquí.

Para la Universidad Nacional es motivo de enorme satisfacción el que se esté llevando a cabo el II Congreso de pensadores y pensadoras humanistas de Centroamérica y el Caribe, en ésta, su casa de estudios superiores, pues desde su origen fundacional la Universidad Nacional ha declarado sin ambages su vocación humanista.

En esa hermosa mañana de junio, quisiera tomarme la libertad de realizar una breve digresión sobre el tema que hoy los convoca.

Muchas y muchos de ustedes coincidirán conmigo, que el siglo XXI nos ofrece un mundo muy diferente de aquel por el que abogamos y luchamos a lo largo de todo el siglo XX. La consumación del proceso de transnacionalización capitalista y la imposición de la idea de liberalismo económico occidental como el supuesto pináculo de la evolución política, social, económica e ideológica de las sociedades del orbe, sirven como telón de fondo a un escenario surrealista en el que la preocupación por el ser humano ha sido marginada para dar contenido a un mundo de representaciones en el que todo se mide por el valor de cambio y no por su valor de uso.

Frente a esta realidad, el humanismo que pensemos las y los latinoamericanos -ya sea centroamericanos, caribeños o sudamericanos- no puede soslayar estas representaciones que hoy nos presentan a la sociedad de mercado como una realidad ontologizada, como el fin último del que Fukuyama nos hablaba en su fin de la historia.

En este contexto el humanismo nos debe posibilitar confrontar esa visión, desmitificando la creencia de que las leyes del mercado son el único orden posible. Debe servir de vehículo para abrir las puertas

hacia el desarrollo de nuevas propuestas analíticas que nos permitan develar los mecanismos como actúa el poder, desnudando los micro espacios en donde se afianzan los dispositivos de ese poder múltiple y cuadrículado que Foucault delinea con tanta precisión.

Frente a esta realidad, las humanistas y los humanistas, tenemos muchas cosas que decir y muchas cosas que hacer, comenzando por plantear un humanismo que sea capaz de recuperar los elementos más profundos de la latinoamericanidad, para hacerlos aflorar en una propuesta teórica, ética y sobre todo práctica.

Hablamos entonces de un humanismo capaz de reconquistar el respeto por nosotros mismos, de ayudar a entendernos en el nuevo contexto económico-social, de reconocernos y aceptar a la otredad partiendo del principio de que todas y todos formamos parte de una misma especie, que no obstante los procesos históricos de subordinación, económica, cultural, política y social, seguimos siendo tan o más humanos y, que a pesar del odio, la violencia y el racismo, es posible reivindicar al **homo sapiens** frente al descarnado **homo economicus** en que se nos ha querido convertir.

Este humanismo es quizás uno de los pocos espacios desde donde se puede despertar la conciencia crítica y lúcida de que nuestra identidad es una y múltiple, que es el producto de un proceso de construcción histórico-cultural y un parto doloroso en el que fueron emergiendo un crisol de culturas que tienen en común el ser producto del violento choque cultural que contribuyó -en mucho- a configurarnos como lo que somos hoy.

Hay quiénes asocian la globalización con la irrupción de las tecnologías de la información y la comunicación y la caída del socialismo de Estado en Europa, pero nada más lejos de la verdad histórica, porque la globalización ha venido desarrollándose desde mucho antes, es más, para poder situarla debemos referirnos al momento en que hace su emergencia la modernidad.

El siglo XV, como bien lo dejara asentado Aldo Ferrer, marca el punto de inicio de la globalización. A partir de 1492 el mundo europeo sometió a un mismo movimiento histórico al resto de sociedades del orbe.

En virtud de ello, el humanismo no puede ni debe dejar de lado la recuperación de la memoria histórica, pero no para re-victimizarse o bien hacer una sublimación de lo acontecido sino como insumo cultural, histórico, ético y político que nos permita reafirmar la existencia de una identidad latinoamericana.

En esta nueva etapa en la que el capital ha ido adquiriendo un sentido transterritorial y en el que las mega transnacionales irrumpen en el territorio soberano de una nación al igual que lo hacían siglos atrás, los corsarios de la reina Victoria para imponer las reglas del mercantilismo interoceánico; el humanismo tiene mucho que hacer y mucho que decir.

En las aulas, en los foros y en todos aquellos espacios donde sea posible y dado hablar, se debe promover la discusión abierta y la reflexión sobre la realidad económica, cultural, política y social de nuestra América. Es obligación moral hablar sobre las formas en que se ha venido imponiendo el comercio hasta llegar a los tratados comerciales con los que se nos quiere seguir cambiando cuentas de vidrio por oro.

La memoria histórica debe servir para reivindicar en nuestras mentes y nuestros corazones el sentido de pertenencia a un crisol de culturas, que no sólo son invisibilizadas sino que podrían quedar aprisionadas bajo el lastre homogeneizante de la transnacionalización cultural.

Es preciso volver a recorrer los pasos dados en América Latina, por nuestros y nuestras pensadoras -las y los de hoy y las y los de ayer-. Darle sentido a una filosofía construida desde nuestras propias preocupaciones existenciales como latinoamericanos, como culturas nacidas bajo el lastre de una colonización violenta y expoliadora, de una vida independiente preñada de vacíos de poder y de una vida post independiente cruzada por la presencia de fuertes regímenes militares

y dictaduras prohijadas, en diferentes momentos, por los diferentes centros de poder hegemónico.

Es buena hora para volver la mirada sobre los pasos dados y reconquistar espacios de discusión y análisis en un nuevo contexto histórico-cultural, pero con nuestros propios conceptos, desde un andamiaje conceptual y metodológico propio, no utilizando el utillaje mental de quienes nos subordinaron ayer y nos subordinan hoy. Eso implica pensarnos y pensar América Latina desde otro horizonte de inteligibilidad, interrogándonos sobre la existencia de una filosofía, una cultura y un lenguaje latinoamericano.

La visión filosófica de este humanismo debe permitirnos preguntarnos sobre nuestros problemas y la forma de abordarlos, pero no haciendo eco de filosofías importadas sino como expresión de un pensamiento filosófico propio y vivo que recupera la acuciante circunstancia latinoamericana en todas sus manifestaciones.

La memoria histórica y la visión filosófica deben permitirnos volver a preguntarnos sobre las relaciones de dependencia, que lejos de perder significado, adquieren una nueva dimensión. El discurso neoconservador y neoliberal eclipsaron al discurso crítico latinoamericano, invisibilizando categorías analíticas como las de intercambio desigual, relación centro-periferia y libre autodeterminación de los pueblos, entre muchos otros conceptos y categorías que permitían comprendernos en un mundo de relaciones económicas, políticas y militares donde se imponía un orden económico desigual.

Es tarea del humanismo del siglo XXI develar la realidad disfrazada de equidad, de armonía, de simetría, para poner en evidencia que la desigualdad, la pobreza y la exclusión son el anverso de una moneda y que al igual que hace quinientos años, las sociedades latinoamericanas viven bajo la expoliación de las naciones metropolitanas, no importa que el tiempo sea otro y que las formas de comercio y las relaciones comerciales hayan variado significativamente, la realidad es que seguimos siendo el continente donde existe mayor pobreza y mayor concentración de la riqueza.

El discurso neoconservador ha sabido eclipsar, cuando no marginar nuestras preocupaciones y nuestras construcciones epistemológicas y teórico-metodológicas con las que bien logramos explicar nuestro pasado, nuestro presente y en mucho nuestro futuro como sociedades mestizas, múltiples, complejas y en constante movimiento. El humanismo de hoy no puede soslayar esta realidad.

Durante años hemos venido experimentado el embate de una ideología y una concepción del desarrollo reducida al crecimiento económico y una acumulación de capitales exenta de preocupaciones por el ser humano. Esta visión conlleva cambios en la forma de ver el mundo, de relacionarse con él, de concebir al otro y la otra, de concebir los valores, el conocimiento, la felicidad, la cultura, la sexualidad, las relaciones sociales y económicas, la ciencia y la tecnología, en fin este modelo trastoca nuestra percepción del mundo y lo hace responder a una nueva racionalidad.

En virtud de todo ello, el nuevo humanismo debe permitirnos construir un sentido de realidad, un lugar desde donde se hace cada vez más necesario encontrar sentido en lo global sin perder de vista lo local. Un humanismo capaz de abrir grietas en los espacios donde tiene lugar el ejercicio teórico-práctico del poder, enunciando verdades no dichas, produciendo fisuras en el pensamiento conservador y posibilitando un espacio abierto y flexible a la emergencia de la utopía no con el sentido del metarelato prototípico del siglo XIX, sino como una construcción de realidad posible, propia y autóctona de nuestro presente.

Buenos días y muchas gracias

José Solano Alpízar
Director de Docencia
Universidad Nacional
jsolano@una.ac.cr